

# La gloria del Verbo encarnado - Juan 1:14-18

---

*(Jn 1:14-18) “Y aquel Verbo fue hecho carne, y habitó entre nosotros (y vimos su gloria, gloria como del unigénito del Padre), lleno de gracia y de verdad. Juan dio testimonio de él, y clamó diciendo: Este es de quien yo decía: El que viene después de mí, es antes de mí; porque era primero que yo. Porque de su plenitud tomamos todos, y gracia sobre gracia. Pues la ley por medio de Moisés fue dada, pero la gracia y la verdad vinieron por medio de Jesucristo. A Dios nadie le vio jamás; el unigénito Hijo, que está en el seno del Padre, él le ha dado a conocer.”*

## **“Y aquel Verbo fue hecho carne”**

En los versículos anteriores hemos visto que a aquellos que creyeron en su nombre “les dio potestad de ser hechos hijos de Dios”. Ahora el evangelista nos lleva a considerar de qué manera tan costosa Dios pudo hacer esto. Podríamos resumirlo diciendo que el Hijo de Dios se tuvo que hacer hombre para que los hombres pudiéramos ser hechos hijos de Dios.

Comencemos notando el contraste entre este versículo y el primero. Cuando Juan hablaba del Verbo en la eternidad decía que “era”, pero cuando vino a habitar entre los hombres nos dice que “fue hecho”. Si no fuera porque el Verbo ya existía desde la eternidad, la expresión “fue hecho carne” nos resulta sumamente extraña para expresar su nacimiento. ¿Que padres hablan de su niño diciendo que “fue hecho carne”? Pero no sólo queda implícita la preexistencia del Verbo, sino que al mismo tiempo expresa la verdad de que Dios que es Espíritu, llegó a ser también un hombre.

La encarnación es un profundo misterio que está muy por encima de nuestra comprensión y que debemos aceptar por la fe. ¿Cómo podemos medir la distancia entre Dios y el hombre, entre la eternidad y el tiempo? ¿Cómo podemos unir extremos tan infinitamente distantes? ¿Cómo puede la naturaleza humana frágil y transitoria, hecha del polvo, limitada al tiempo y al espacio ser la habitación del Dios eterno? Finalmente nos invade la misma perplejidad que al rey Salomón cuando oraba en la dedicación del templo: **(1 R 8:27)** “Pero ¿es verdad que Dios morará sobre la tierra? He aquí que los cielos, los cielos de los cielos, no te pueden contener; ¿cuánto menos esta casa que yo he edificado?”.

Pero aunque no somos capaces de comprenderlo plenamente, sin embargo, en base a lo que la Palabra afirma, podemos concluir diciendo que Jesucristo es el Dios Hombre en quien se hallan dos naturalezas perfectas, la divina y la humana en una sola persona indivisible para siempre.

En este versículo está la clave para la perfecta comprensión de todo el evangelio. Nuestro Señor Jesucristo es al mismo tiempo Dios y hombre. Por lo tanto, en ocasiones el evangelista nos va a mostrar que como hombre también sentía hambre y sed, comía, bebía, lloraba, se cansaba, sufría, se alegraba, se indignaba, sentía lástima, oraba, leía las Escrituras, se dejaba tentar, sometía su voluntad a la de su Padre celestial y finalmente murió derramando su sangre en una cruz. Fue un hombre real, semejante en todo a nosotros salvo en el pecado.

Pero al mismo tiempo era Dios, y si bien a partir de su encarnación fue su naturaleza humana perfecta lo que mayormente se percibía, también había ocasiones en que hablaba y actuaba como Dios. Por ejemplo, mandaba a sus discípulos que creyeran en él como creían en Dios (**Jn 14:1**), se declaraba Hijo de Dios, haciéndose igual a Dios (**Jn**

**5:18)**, decía que el Padre y él eran uno (**Jn 10:30**), que el Padre estaba en él y él en el Padre, que conocerle a él era conocer al Padre y que quien le había visto a él había visto al Padre (**Jn 14:7-11**), que aborrecerle a él era aborrecer al Padre (**Jn 15:23**), que había estado en la gloria junto al Padre antes de que este mundo fuera (**Jn 17:5**) y que el mismo profeta Isaías le había visto sentado en su trono divino siendo adorado por los serafines (**Jn 12:39-41**).

Es importante tener esta visión de conjunto del Evangelio, porque de otra manera se caerá en errores graves que deshonrarían al Hijo y al Padre. Tal es el caso de los llamados “Testigos de Jehová”, que en sus esfuerzos por negar la divinidad del Señor Jesucristo enfatizan aquellas declaraciones del Señor en las que se manifiesta como hombre sujeto a la voluntad del Padre (**Jn 14:28**) mientras que ignoran deliberadamente las claras afirmaciones sobre su divinidad.

¿Por qué fue necesaria la encarnación del Verbo? Desde el punto de vista de la salvación era necesaria, porque sólo un Dios-Hombre podía ofrecer un sacrificio que estuviera a la altura del pecado de la humanidad. Por un lado debía de ser hombre para poder ser nuestro representante, pero por otro debía ser Dios para que la satisfacción alcanzara a la raza entera.

*(He 2:14-15) “Así que, por cuanto los hijos participaron de carne y sangre, él también participó de lo mismo, para destruir por medio de la muerte, al que tenía el imperio de la muerte, esto es, al diablo, y librar a todos los que por el temor de la muerte estaban durante toda la vida sujetos a servidumbre.”*

Finalmente, con su humanidad ha dado al ser humano redimido una dignidad que nunca antes había tenido.

## **“Y habitó entre nosotros”**

La palabra que nuestra versión traduce por “*habitó*” quiere decir literalmente “*fijó tabernáculo*”, “*puso su tienda*”, que en combinación con “*vimos su gloria*” nos recuerda el momento en que Moisés levantó el tabernáculo en el desierto y la gloria de Dios se manifestó en él:

*(Ex 40:34) “Entonces una nube cubrió el tabernáculo de reunión, y la gloria de Jehová llenó todo el tabernáculo.”*

De esta afirmación podemos aprender diferentes cosas:

- Primeramente que Dios siempre ha tenido un fuerte deseo de acompañar al hombre a través de su peregrinaje por esta vida. Ya lo demostró cuando en el desierto mandó que se le construyese una tienda o tabernáculo donde morar a fin de acompañar al pueblo en su viaje por el desierto, pero cuando el Verbo se hizo hombre, consideramos que Dios ha dado un paso muy grande en su deseo de acercarse al hombre y vivir en comunión con él.
- Apreciamos también que no se trató simplemente de una breve aparición momentánea, sino que él llegó a “*habitar*” entre nosotros.
- También la comparación con el tabernáculo nos enseña que el Verbo no dejó de ser Dios cuando se hizo hombre, sino que su naturaleza divina quedó velada por su humanidad de la misma manera que las gruesas capas de pieles que cubrían el tabernáculo impedían ver la gloria de Dios que se manifestaba en el lugar santísimo.

## “Y vimos su gloria”

“Vimos” indica que los evangelistas fueron testigos oculares, y que cuanto contaron vino de primerísima mano (**Hch 1:21-22**) (**Hch 10:40-41**) (**1 Jn 1:1**) (**2 P 1:16-18**).

Lo que ellos vieron fue su “gloria”, que no es otra cosa sino la exteriorización de los atributos de Dios que se hacen visibles a los hombres.

Algunos rayos de esta gloria se filtraron a través del velo de su carne, de la misma manera en que en algunas ocasiones la gloria de Dios no se pudo limitar al tabernáculo y traspasó las densas capas de pieles que lo cubrían para manifestarse a las multitudes que estaban fuera.

## “Gloria como del Unigénito del Padre”

Juan añade que esta gloria que vieron era “como del Unigénito del Padre”, lo que nos da a entender la clase de gloria que vieron. No era una gloria comparable con la de ningún otro ser creado. Era una gloria divina, especial y única.

En este contexto el término “Unigénito” no quiere decir que fuera un Hijo creado por el Padre. Cuando estos términos son aplicados a Dios no hemos de interpretarlos de la misma manera en que lo haríamos cuando nos referimos a las relaciones humanas. Cuando se interpretan de esta forma, se llega a situaciones contradictorias e inexplicables.

Por ejemplo, si Cristo es el Unigénito, entonces Dios no tiene más hijos, y por lo tanto, los que creen en él no pueden ser sus hijos como se afirma en (**Jn 1:12**). Y podemos ver también que en (**Col 1:15-18**) (**He 1:6**) se refiere al Hijo como el “Primogénito”, lo que evidentemente es incompatible con ser el “Unigénito”.

Para entenderlo es necesario ver el contexto. Cristo es el Unigénito en cuanto a su relación única con Dios en la eternidad. Pero es el Primogénito en relación a los hombres, siendo el “primogénito entre muchos hermanos” (**Ro 8:29**).

## “Lleno de gracia y de verdad”

El evangelista dice que estaba “lleno” y más adelante afirma que “de su plenitud tomamos todos” (**Jn 1:16**). El apóstol Pablo lo expresa de la siguiente manera: (**Col 2:9-10**) “Porque en él habita corporalmente toda la plenitud de la Deidad, y vosotros estáis completos en él”.

Lo que quiere decir es que en Cristo se manifiesta plenamente toda la gloria de Dios sin medida alguna y que todo cuanto el hombre pueda necesitar, ya sea en el tiempo presente o en la eternidad, se encuentra en él.

Juan resalta dos de los atributos de Dios que se manifestaban con total claridad en Cristo: “la gracia y la verdad”.

La “gracia” se manifiesta cuando Dios obra a favor de los hombres que no merecen nada al solo impulso de su amor. Se trata por lo tanto del favor inmerecido de Dios para con los hombres. Esto se ve claramente en el contexto; nótese los versículos 10 y 11: “En el mundo estaba... y el mundo no le conoció. A lo suyo vino, y los suyos no le recibieron”. Cualquiera que no fuera un Dios de amor, habría destruido semejante mundo, pero Dios manifestó su amor supremo en medio de este mundo ingrato por medio de la encarnación de su Hijo que venía a salvar a los hombres pecadores.

Pero al mismo tiempo, en Cristo se manifiesta plenamente también la verdad de Dios. Todo lo que el hombre puede saber de Dios se encuentra en Cristo.

Pero si la verdad de lo que el hombre pecador es en presencia del Dios santo hubiese sido lo único que Dios hubiera manifestado, los hombres habrían huido atemorizados, pero la manifestación de su gracia le permite comprender la grandeza de su perdón y amor, dándole confianza para acercarse y recibirle en el corazón.

## “Juan dio testimonio de él”

A continuación el evangelista pasa a comparar las personas y ministerios del Hijo con los de Juan el Bautista y Moisés. Primeramente aporta el testimonio que Juan el Bautista dio del Verbo.

Juan coincidió en declarar que el Verbo era eterno: *“Este es de quien yo decía: El que viene después de mí, es antes de mí; porque era primero que yo”*. El bautista era mayor que Jesús en cuanto a su nacimiento (seis meses), pero como Dios eterno existía antes que él y por lo tanto era superior a él en dignidad. Como bien anunció Isaías hablando del Mesías: *“Porque un niño nos es nacido, hijo nos es dado, y el principado sobre su hombro; y se llamará su nombre Admirable, Consejero, Dios fuerte, Padre eterno, Príncipe de paz” (Is 9:6)*. Notemos el contraste: el mismo que es descrito como *“un niño nos es nacido”* es al mismo tiempo *“Padre eterno”*.

Y Juan nos dice también que estaba lleno de gracia y que de su plenitud tomamos toda gracia sobre gracia. En Cristo hay una plenitud infinita e inagotable. Como Pablo les dijo a los colosenses: **(Col 1:19)** *“Por cuanto agradó al Padre que en él habitase toda plenitud”*. Todo lo que el pecador pueda necesitar se halla en Cristo y sólo en él puede llegar a vivir una vida completa.

Esta plenitud desciende a los hombres a través de Cristo de manera continuada: *“gracia sobre gracia”*. Como las olas que se suceden sobre la orilla del mar, o como el maná que cada mañana recibió el pueblo en su peregrinaje por el desierto durante cuarenta años.

Estos beneficios del Señor son derramados sobre todos los hombres. También los incrédulos que rechazan su Palabra disfrutaban de muchas de estas bendiciones de su gracia.

**(Mt 5:45)** *“...Vuestro Padre que está en los cielos, que hace salir su sol sobre malos y buenos, y que hace llover sobre justos e injustos.”*

Esta idea de abundancia surge una y otra vez en las palabras y obras de Jesús.

- En Caná de Galilea la vemos en la reserva del mejor vino para el final **(Jn 2:10)**.
- A la mujer samaritana le ofreció “una fuente que salte para vida eterna” **(Jn 4:14)**.
- A la multitud hambrienta le dio más que suficiente **(Jn 6:13)**.
- Al alma sedienta le prometió no sólo lo suficiente para satisfacer su sed, sino que de ella saldrían *“ríos de agua viva”* **(Jn 7:38)**.

## Moisés

**(Jn 1:17)** *“Pues la ley por medio de Moisés fue dada, pero la gracia y la verdad vinieron por medio de Jesucristo”*

El énfasis ahora se pone en el contraste entre Moisés y Jesús, entre la ley y el Evangelio.

La ley y la gracia son dos formas de relacionarse con Dios. Ambas incompatibles entre sí. La ley manifestaba el carácter de Dios por medio de diferentes mandamientos. Si el hombre los cumplía de forma completa y absoluta, entonces Dios le recibiría y mantendría comunión con él. Pero en el caso de que no llegara a su cumplimiento absoluto, la ley le condenaba a muerte.

Cuando los israelitas recibieron la ley dijeron: “... *Haremos todas las palabras que Jehová ha dicho*” (**Ex 24:3**). Su falta de realismo pronto quedó puesta en evidencia cuando poco después Dios le dijo a Moisés: “*Anda, desciende, porque tu pueblo que sacaste de la tierra de Egipto se ha corrompido. Pronto se han apartado del camino que les mandé; se han hecho un becerro de fundición, y lo han adorado, y le han ofrecido sacrificios, y han dicho: Israel, estos son tus dioses, que te sacaron de la tierra de Egipto. Dijo más Jehová a Moises: Yo he visto a este pueblo, que por cierto es pueblo de dura cerviz*” (**Ex 32:7-9**).

El problema es que aunque la ley era buena, el hombre pecador no tiene fuerzas para cumplirla, así que, lo único que la ley podía hacer por él era mostrarle su condición pecaminosa y su sentencia. Como si de un espejo se tratara, le mostraba al hombre sus manchas pero no le servía para limpiarlas.

Por lo tanto, toda persona que intente establecer una relación con Dios sobre la base del cumplimiento de la ley, nunca lo conseguirá.

Pero en contraste con la ley, la gracia traía para el hombre pecador todo el favor de Dios. Cristo no venía para juzgar al mundo, sino para salvar a los pecadores que no podían salvarse a sí mismos y que además eran enemigos de Dios.

¿A qué se refiere cuando dice que la verdad vino por medio de Jesucristo?

Con esto coincide la declaración que Cristo hizo de sí mismo: “*Yo soy la verdad*” (**Jn 14:6**). Él fue absolutamente veraz y fiel en todas sus palabras y acciones. Pero probablemente no era en esto en lo que estaba pensando el evangelista en este momento. Seguramente debamos considerarlo en relación a la ley de la que ha hablado hace un momento. Recordamos que junto a la ley moral, Dios dio también la ley ceremonial por la que a través de símbolos comunicaba grandes y profundas verdades. Pablo comenta este aspecto a los colosenses y les dice: (**Col 2:17**) “*Todo lo cual es sombra de lo que ha de venir; pero el cuerpo es de Cristo*”. Es decir, algunas de las leyes ceremoniales que él menciona en el contexto, no eran más que la sombra de Cristo. La sombra no es nada, lo verdadero es el cuerpo del que se proyecta la sombra, y éste era Cristo. En este sentido debemos entender que Cristo es la verdad en contraste con todos los símbolos anteriores que encontramos en la ley ceremonial dada a Israel.

Con esto coincide el autor de Hebreos: (**He 10:1**) “*Porque la ley, teniendo la sombra de los bienes venideros, no la imagen misma de las cosas, nunca puede, por los mismos sacrificios que se ofrecen continuamente cada año, hacer perfectos a los que se acercan*”.

También los sacrificios de animales que ordenaba la ley sólo eran símbolos que pobremente reflejaban la verdadera obra de Cristo como el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo.

Finalmente notamos también que en este versículo se identifica con claridad al Verbo con el Señor “*Jesucristo*”.

## **“A Dios nadie le vio jamás”**

Al terminar su prólogo, el evangelista nos va a mostrar otra faceta importante de la obra del Verbo que explica la necesidad de su encarnación: revelarnos a Dios.



Comienza mostrándonos nuestra necesidad: “A Dios nadie le vio jamás”. “Dios es Espíritu” y por lo tanto invisible (Jn 4:24). No podemos llegar a conocerlo por nuestros propios medios.

El libro de Job lo expresa magistralmente: (Job 11:7-8) “¿Descubrirás tú los secretos de Dios? ¿Llegarás tú a la perfección del Todopoderoso? Es más alta que los cielos; ¿qué harás? Es más profunda que el Seol; ¿Como la conocerás?”.

Por esta razón, tiene que ser Dios mismo quien necesariamente tome la iniciativa de darse a conocer. Observamos que en muchas ocasiones esto hiere el orgullo humano, que se cree auto suficiente para llegar al conocimiento de todas las cosas y que en su soberbia y altivez negará todo aquello que no logre comprobar por sus propios medios.

## **“El unigénito Hijo, que está en el seno del Padre, él le ha dado a conocer”**

A continuación nos va a mostrar lo bien cualificado que está el Señor Jesucristo para hacernos “la exégesis” del Padre.

Él es “el Unigénito Hijo que está en el seno del Padre”. Con ello expresa su eterna unión con el Padre en la deidad y la inefable intimidad y amor entre ellos. Incluso aun estando aquí en la tierra, Jesús seguía estando en el seno del Padre. Su enseñanza supera a todas las otras enseñanzas en dignidad y autoridad.

**(He 1:1-2)** “Dios, habiendo hablado muchas veces y de muchas maneras en otro tiempo a los padres por los profetas en estos postreros días nos ha hablado por el Hijo, a quien constituyó heredero de todo, y por quien asimismo hizo el universo.”

Ni la ley ni los profetas pudieron dar a conocer a Dios de una manera plena. Sólo el Unigénito Hijo (o “el Unigénito Dios”, como aparece en algunos manuscritos) que está en el seno del Padre, pudo manifestarlo de forma completa.

**(Mt 11:27)** “Todas las cosas me fueron entregadas por mi Padre; y nadie conoce al Hijo, sino el Padre, ni al Padre conoce alguno, sino el Hijo, y aquel a quien el Hijo lo quiera revelar.”

Al hacerse hombre, el Verbo de Dios nos hizo la perfecta traducción de Dios al lenguaje humano. Esta interpretación de Dios dada por el Hijo es completa y definitiva en cuanto a las necesidades de los hombres se refiere.

Cuando los hombres veían a Jesús, veían a Dios. Cuando le oían hablar, oían hablar a Dios, sentían el amor y la ternura de Dios. Los pensamientos y las actitudes de Dios para con la humanidad han sido plena y absolutamente dadas a conocer por medio de Jesucristo.

No hizo nada por sí mismo, sino lo que vio que el Padre hacía. Vivía por el Padre. No hablaba sino lo que su Padre le decía. Manifestaba solamente lo que oía de su Padre. Sus palabras no eran propias, sino las del Padre que le había enviado. Recordemos su declaración enfática: “El Padre que está en mí, él hace las obras” (Jn 5:19) (Jn 14:10).

## Preguntas

1. Busque en el evangelio de Juan tres citas en las que se manifiesta la humanidad del Señor Jesucristo y otras tres donde se percibe su divinidad.
2. Explique dos razones por las que fue necesaria la encarnación del Verbo y que hemos considerado en esta lección.
3. ¿Qué aprendemos del hecho de que el Verbo *“habitó”* o *“puso su tabernáculo”* entre nosotros?
4. Explique la declaración: *“Pues la ley por medio de Moisés fue dada, pero la gracia y la verdad vinieron por medio de Jesucristo”*.
5. En este pasaje se le llama al Señor Jesucristo *“el Unigénito”*. Explique qué quiere decir en cada caso.